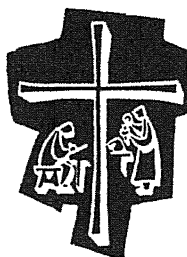


INCULTURACION NECESARIA



Jean-Ives CALVEZ

La "inculturación" es actualmente un asunto difícil y complejo en toda la Iglesia. La palabra, de aparición reciente, (1) no para todos está clara. A veces se pregunta de qué se está hablando exactamente: ¿de inculturación del cristianismo? ¿de inculturación del mensaje cristiano? ¿de inculturación de la fe y la vida cristiana? o incluso ¿de inculturación de la Iglesia? ¿de inculturación **en** las Iglesias particulares? La falta de certeza y sin duda que también las inexactitudes abundan en esta problemática.

Sin embargo, es un hecho que existe **esta palabra**, que está en circulación; y tal palabra no ha aparecido por gusto. Se puede suponer, por lo tanto, que si la palabra es nueva, no lo es el problema; pero hoy se manifiesta una necesidad nueva y particularmente grande, una crisis precisamente en la inculturación.

Un participante hizo esta pregunta en el coloquio Ricci en **Lumen Vitae**: "El hecho de tener que dedicar un coloquio a la inculturación ¿no significa que en la Iglesia católica hay una falta del sentido del pueblo de Dios? ¿no es la inculturación, simplemente, la actualización de Pentecostés? Pentecostés no es un hecho pasado. Si la inculturación se convierte en problema, es porque nuestra religión está fragmentada y sólo hemos conservado la parte intelectual o conceptual..." Esta afirmación, me parece que señala que hoy se habla de inculturación en razón de una **dificultad** nueva o particular. De hecho, el cristianismo, a través de los siglos, ha entrado en simbiosis con muchas culturas; las ha penetrado, se ha enriquecido, las ha renovado y como recreado, ha tomado en ellas un rostro y forma concreta. Pero hoy se presentan de forma bastante repentina y urgente nuevas y más amplias tareas de incultura-

Tomado de Lumen Vitae, vol. 39, 1984, n. 3.

ción. Quizás se han vuelto más difíciles por el hecho mismo del resultado y la profundidad de la inculturación pasada. De ahí la pregunta...

Nuevas tareas.

¿Cuáles son estas tareas que se proponen con urgencia hoy? Para empezar, es evidente para todo el mundo el trabajo descrito en un documento de la Compañía de Jesús: "La inculturación presupone, en primer lugar, una nueva actitud mental en las Iglesias del viejo mundo, tanto la Latina como las Orientales: la renuncia al complejo de superioridad y al monopolio de las formas. Hace más de un siglo que el mundo ha dejado de tener signo occidental. El número de nacionalidades, con identidad diferenciada, se ha multiplicado en poco tiempo y los hemisferios contrapuestos ya no son Este y Oeste sino Norte y Sur" (2).

Es cierto que se podría discutir uno u otro detalle de este cuadro y considerar que es algo excesivo. Sin embargo, no hay duda de que estamos en un nuevo encuentro del cristianismo con una multiplicidad de culturas que vienen como a despertar y retomar vigor y personalidad: variedad de Asia y África y particularidad de América Latina. No hay duda que el lenguaje y el estilo cristianos, que se han desarrollado en Europa en los últimos siglos, no son automáticamente transportables a otras culturas. En el siglo pasado, a diferencia del tiempo de Ricci o Nobili, la Iglesia misionera ha olvidado demasiado a menudo el problema, sin razón por supuesto, lo que también ha ocurrido antes de los grandes despertares culturales de nuestro siglo: "renacimiento árabe" a principios del siglo, surgimiento de la India, demanda de autenticidad en África después de la independencia, lucha contra la dependencia en América Latina. Hoy, en todas estas regiones, la necesidad de inculturación se ha hecho explícita y urgente.

Pero **también en Europa** existe el mismo problema; no se debe dar a entender que el cristianismo está más o menos incómodo (todavía mal inculturado) en los países del tercer mundo en general, y, por el contrario, muy cómodo en Europa. La realidad es que si se considera la masa de la población, está más inculturado en Filipinas y algunos países de América Latina, incluídos aquellos en los que los indígenas lo han acogido

de forma un poco sincrética, que en Francia, por ejemplo. Es verdad que la dificultad de inculturación es con frecuencia grande en donde el cristianismo es muy minoritario e inmerso en un entorno cultural que todavía no lo ha penetrado. En este sentido, la dificultad de inculturación es bastante parecida en el mundo de la cultura hindú y en ciertos sectores de cultura muy secularizada en Europa.

El ejemplo de Europa subraya un aspecto importante de la inculturación: es tan inestable el mundo de la cultura que no hay inculturación definitiva. La inculturación es la unidad profunda realizada allí donde el cristianismo ha florecido en cultura cristiana a escala de todo un país o a la escala de una minoría que ha encontrado su lugar en el país y su cultura. Ahora bien, incluso allá donde se ha realizado tal unidad, existe siempre la posibilidad de reanudación de un movimiento autónomo de los elementos más religiosos de la cultura y de otros elementos. En Europa hubo momentos de signos muy diferentes en cuanto a la realidad de la inculturación del cristianismo. Está, en efecto, la Edad Media, alta y baja, y está el Renacimiento, muy nueva inculturación (en comparación, si se quiere, con el siglo XIII de Santo Tomás). Por el contrario, los siglos XVIII y XIX, desde la Ilustración, han visto profundizar las distancias. Y puede afirmarse que durante largo tiempo el cristianismo, en especial el catolicismo, no se ha preocupado mucho de la nueva inculturación: se consideraba en pacífica posesión de la verdad. Más bien se ha cuidado de defenderse de la inculturación en el nuevo mundo en marcha. El Syllabus (1864) fue el símbolo en el siglo XIX de esta resistencia a la inculturación.

Desde entonces el movimiento ha cambiado de signo, desde antes del Concilio Vaticano II, pero sobre todo por obra del mismo Concilio. En la práctica, ciertamente, se está en balbucesos (testigo el asunto reciente de los catecismos franceses, puestos en sospecha por las autoridades romanas). No cabe duda de que ha comenzado para los cristianos de Europa una nueva y emocionante historia de inculturación: aunque sea en grupos reducidos, el cristianismo germina de nuevo en el seno de una cultura diferente, transformándola como desde el interior. Por ejemplo en Francia, a donde acabo de regresar después de una ausencia de unos trece años, el cristianismo es minoritario pero se presenta con una nueva frescura, desconocida hace una veintena de años cuando todavía era poderoso, pero terri-

blemente clasificado o etiquetado. Se producen nuevos encuentros entre el "bagaje" cultural cristiano y los sectores que no le habían pedido nada hasta ahora. Encuentros extraños a veces, como en el caso de algunos de los que se llamaron hace pocos años los Nuevos Filósofos. Por otra parte se constata la profundidad del eco que obtiene la palabra episcopal, lo mismo cuando se trata de los "nuevos modos de vida" (división del tiempo de trabajo y limitación del consumo), que de los asuntos de la guerra nuclear. Es también importante el hecho de la simpatía del 70% de la opinión por una libertad de enseñanza, que en realidad se refiere mayoritariamente a la escuela católica. Por otro lado, hay una cierta revalorización de la religión popular, precisamente en el país donde se la creería más muerta... En una palabra, nunca hay nada definitivo en términos de inculturación o desinculturación.

La inculturación es diversificación, lo mismo que las culturas son diversas. Volviendo al ejemplo de Europa, hay que empezar por recordar que de ninguna manera fue la cuna del cristianismo. Lo fue el mundo semítico: Jerusalén, Antioquía, Efeso. Después vino la inculturación al mundo mediterráneo greco-romano, tan diferente de la Europa de hoy (no olvidar la ruptura radical de las invasiones bárbaras); más tarde fue la inculturación en el mundo celta, en el franco, germánico... Tantas etapas emocionantes.

Europa ofrece, en la geografía de hoy, la imagen de una asombrosa diversidad de inculturación del cristianismo. Es imposible prever cuál será mañana el grado de diversidad entre India, Africa, Norteamérica, etc. En todo caso, hoy es muy elevado en Europa, si se tiene en cuenta las ricas y asombrosas diferencias entre el cristianismo italiano y el español, o alemán, o francés, o polaco, o ruso-ortodoxo... Dentro incluso de la única realidad católica romana, ciertamente que las Iglesias particulares no son absorbidas unas por otras, ni todas por una de ellas.

Qué es en realidad la inculturación.

El caminar de la inculturación, sin embargo, no es, o no debe ser, sólo diversificación. A este respecto, necesitamos definir mejor la inculturación.

Para empezar, es la **presentación** del mensaje y los valores

del Evangelio "en las formas y los terminos propios de cada cultura", para que "la fe y la vivencia cristiana de cada Iglesia local se inserte del modo más íntimo y profundo posible, en el propio marco cultural" (3). Es, además, el **nuevo desarrollo** cultural que se produce a partir de esta siembra, y la nueva **expresión** que dan al Evangelio los hombres llamados a la fe en el seno de la nueva cultura donde ha sido sembrado.

No se trata de simple adaptación; o más bien: el término inculturación arrastra al espíritu en dirección contraria. La idea de adaptación puede conducir, incluso, a traicionar el Evangelio, si se entiende esta adaptación a una cultura como una integración pura y simple de esta cultura. Se está tan atento a respetar una cultura, que de hecho se excluye la perspectiva de que el Evangelio germine en ella transformándola. La imagen que conviene a la inculturación es más bien la del grano sembrado en la tierra; va a alimentarse de esta tierra, pero va a retoñar en un árbol y un fruto nuevo, de acuerdo con la naturaleza del grano y enriquecido por la tierra a la que ha sido echado: "El influjo innovador y transformador de la experiencia cristiana en una cultura contribuye, después de una posible crisis de confrontación, a una nueva cohesión de esa cultura". (4).

Por otra parte, es necesario tomar con mucha seriedad esta imagen del enriquecimiento por la nueva tierra nutricia en la que el Evangelio se ha echado: se trata de reencontrar la gran convicción de los Padres apostólicos tan atentos a descubrir las "semillas del Verbo" (**semina Verbi**) en el nuevo mantillo cultural en el que el Evangelio iba a germinar (5).

Se ve que la realidad y la tarea designada por el término "inculturación" difieren del que se comprende como "aculturación", término más clásico en el vocabulario de la antropología cultural. Sin duda que la inculturación supone un elevado grado de aculturación. En verdad que el cristianismo se ha aculturado en Europa mediterránea y después en la nórdica; se ha aculturado igualmente en las formas típicas de la civilización norteamericana; se acultura en el presente en Africa negra, etc. Pero por inculturación se quiere designar algo más que este movimiento de acercamiento a una cultura y de asimilación con ella, que es lo que significa principalmente aculturación: se quiere al mismo tiempo significar un enterrarse más profundamente y designar expresamente el movimiento autóno-

mo y recreador del elemento inculturado en el seno de su nuevo medio cultural; se insiste también más sobre la **transformación** del medio cultural por este nuevo crecimiento. Aculturación e inculturación no se oponen, pero cada uno pone el acento en un aspecto diferente. Inculturación se da en el caso del cristianismo que ha renovado tan profundamente las culturas en las que ha penetrado hace poco, aculturándose a la vez allí mismo.

Otra idea importante, por ejemplo para un hombre como el Padre Arrupe tan convencido de esta inculturación necesaria, es que si la inculturación del Evangelio diferencia y diversifica, de ninguna manera debe cerrar; más bien debe abrir más allá de la cultura particular: la inculturación del Evangelio es universalizante. "El influjo innovador y transformador de la experiencia cristiana en una cultura contribuye, después de una posible crisis de confrontación, a una nueva cohesión de esa cultura. En segundo lugar, ayuda a asimilar los valores universales que ninguna cultura puede agotar. Y, además, invita a entrar en una nueva y profunda comunión con otras culturas, en cuanto todas están llamadas a formar, con un mutuo enriquecimiento y complementariedad el **"variado tejido"** de la realidad cultural del único Pueblo de Dios peregrino" (6). El cristianismo lleva, pues, a la inculturación y al intercambio entre las culturas.

La Compañía de Jesús, desde la primera vez que habló de inculturación, estuvo atenta a los aspectos culturales y a los valores, a la vez nuevos y **universales**, que se presentan hoy. Su Congregación General XXXII (1975) declaró: "La Iglesia sabe hoy que el problema de la inculturación no se presenta solamente en relación a los valores culturales propios de cada nación, sino también en relación a los valores nuevos y universales que resultan de una comunicación más profunda y continua entre las naciones". Es necesaria una "inculturación del Evangelio en estos valores nuevos de dimensión universal" (7). Aquí está la novedad, no la particularidad, que exige la inculturación. Hay que reflexionar sobre este punto, porque, tal vez, se ha estado demasiado exclusivamente atento recientemente a la inculturación por razón de la diversidad. Fuera de que la inculturación no concierne sólo a "los grupos étnicos" diversos, sino también a los "diferentes niveles culturales que trascienden cualquier esquema geográfico, los que deben ser atendidos."

El mundo de la ciencia, por ejemplo..." (8).

Volviendo a nuestro punto de partida, después de las últimas consideraciones sin duda que comprendemos mejor hasta qué grado en la idea de inculturación debe dominar el aspecto de autenticidad, más incluso que el de diversidad: lo que se pretende es que el Evangelio viva en la tierra humana, crezca como una verdadera planta y de ninguna manera quede de lado sin ser asimilado. Mejor aún: se pretende que haya un nuevo resurgimiento y una creación verdadera, en unos hombres y en un pueblo bien reales, no por simple repetición cuasi mecánica. Donde hay verdadera inculturación, asimilación creadora, no existe ningún peligro de que se introduzca la uniformación. Esta asimilación creadora se ha dado en Europa en el pasado por separado para los pueblos latinos, germanos, eslavos. De esta manera, todas estas culturas han sido transformadas y como recreadas, sin desintegración; por el contrario, por medio de integraciones. Como lo testimonia la historia, no ha resultado una excesiva uniformidad, al menos durante largos siglos después de la primera cristianización.

Afinidad entre religión y cultura.

Hay que regresar a la pregunta general: **¿por qué inculturación?** Se habrá visto cada vez mejor que no es por una de esas razones demasiado exteriores que no buscan más que adaptaciones superficiales. Es por razón de una profunda afinidad y continuidad entre la cultura, en su dinámica más fundamental, y la religión. Esta afinidad dicta hoy el interés tan característico del Papa Juan Pablo II por la cultura.

La cultura se entiende aquí sobre todo como creación o producción del hombre mismo, y simultáneamente como constante superación, superación de las producciones particulares donde el hombre se manifiesta: caminar característico del hombre que no se encierra en una naturaleza. Esta producción de sí, superación incluso de él mismo, es como la demanda de una más radical apertura hasta el Otro que confesamos como Dios. Movimiento de radical apertura que se junta al movimiento de Dios hacia el hombre en Jesucristo. Se comprende que la religión no existe en el hombre si el movimiento de apertura a Dios no se ha insertado realmente en el movimiento de producción-superación de la cultura concreta...

En forma parecida, la convicción de la afinidad entre cultura y religión acarrea la obligación de una escucha del mensaje propio de las culturas (se puede esperar encontrar así aquellos **semina Verbi** de los que hablamos) y la obligación más amplia de una reflexión-meditación sobre la marcha cultural del hombre en su dinamismo nativo: primeras etapas efectivas de la inculturación.

Por otra parte, en sentido estricto, se va de cultura a cultura: porque la misma religión, también el cristianismo, son parte de la cultura. La religión es ciertamente una parte excepcional y superior de la cultura humana, la parte que pertenece a la cultura y que sin embargo es ininteligible sin la atracción del Dios vivo, más grande que toda cultura. Sin embargo, conviene evitar exagerar la distancia entre religión y cultura.

Por su parte, Jesús, al que confesamos como Dios y Señor, está plenamente inmerso en una cultura, y de ésta -no de un Evangelio a-cultural- van a pasar a otras culturas, no sólo el mensaje de Cristo, sino también su eficiencia para todos los hombres, por medio de la Iglesia que lo significa sacramentalmente. Cada uno de estos pasos transculturales que efectúa de este modo la evangelización es a la vez un acontecimiento religioso y cultural.

Acabamos de hacer alusión a Jesús, el Cristo, inserto en la cultura de su nacimiento; sin embargo, para justificar la inculturación, no hemos hecho referencia (como se hace a menudo) a la encarnación. Nos parece que hacerlo sería usar en un sentido lejanamente analógico el concepto de encarnación, que no se aplica tanto al paso de una cultura a otra, como al vínculo de otra naturaleza entre el cielo y la tierra, en el misterio del Hijo-de-Dios-hecho-hombre. Es verdad que la eficiencia de este misterio acompaña a la Iglesia y al mensaje cristiano, cuando pasan de una a otra cultura; pero, en la obra de la Iglesia, ésta es la parte de Dios, mientras que hay que señalar en esta misma obra nuestra parte humana, que es precisamente la "inculturación".

La **Iglesia** es, por lo tanto, como comunidad concreta de creyentes, la primera que se incultura, y debe inculturarse sin cesar. Se puede hablar, en un momento determinado, de Iglesia inculturada en **diversas** Iglesias particulares, es decir, en las diversas culturas de las que se alimentan esas Iglesias.

También se puede hablar de inculturación del **mensaje** cristiano en la medida en que la Iglesia lo transmite y presenta a los pueblos o a grupos nuevos "en formas y términos propios de cada cultura" (9). Lo que supone que los hombres de esta cultura, o al menos quienes mejor lo han asimilado y adaptado -por decirlo de algún modo-, **expresan** a su manera el mensaje recibido. Por cierto que esto no quiere decir que haya una invención totalmente nueva, porque el mensaje reexpresado es también y siempre el texto evangélico recibido y ya inscrito en una cultura, lo mismo que los otros documentos de la tradición, inscritos en forma similar no en una, sino en las culturas. En ocasiones se reivindica de manera acerba, en las culturas nuevas que encuentra el Evangelio, el derecho a reexpresar el mensaje; pero sin dedicarse suficientemente a ello, cuando el intentarlo posiblemente haría desaparecer el obstáculo que se teme.

Finalmente, nos parece que el término inculturación debe aplicarse especialmente a la fe y a la vida cristiana. Trabajamos, y debemos trabajar, porque haya **fe** y **vida** cristiana y se desarrollen efectivamente y fructifiquen en las diversas culturas y en las culturas nuevas. La verdadera tarea de la Iglesia es la inculturación de la fe y la vida cristianas, y por ella la Iglesia se incultura real y concretamente. En definitiva, mirando el fenómeno como desde el exterior en su desarrollo y en sus efectos, se debe y puede hablar de inculturación **del cristianismo**.

El caso de la cultura secularizada.

Tantas explicaciones, por necesarias que sean para entender bien lo que es la inculturación en toda su profundidad más que una simple adaptación, no nos deben hacer perder de vista su necesidad y urgencia en Africa, en Asia y también en las regiones de más antigua cristiandad, sin excluir a Europa, en donde con facilidad se imagina que el cristianismo culturalmente está implantado.

En realidad, en Europa hay actualmente uno de los más acuciantes problemas de inculturación. En los casos tradicionales, el cristianismo se encuentra con universos culturales en los que Dios es reconocido y adorado más o menos pura y explícitamente. Por el contrario, en Europa hay una cultura seculari-

zada, en ocasiones con pretensión de secularización total excluyente de todo lo religioso. "Una cultura siempre es reconciliable con el cristianismo", ha dicho el Padre Ives Raguin, gran conocedor de las diversas civilizaciones, confucianas y budistas del Extremo Oriente. ¿Vale su afirmación en el caso de la cultura secularizada moderna?

La verdad es que habría un problema insoluble si la secularización fuera efectivamente total. Pero aunque en múltiples dominios hay independencia y profanidad y secularidad, aunque de hecho la secularización ha trastornado la fe y la religión, sin embargo es cierto que la secularización tiene límites. Paul Valadier lo señalaba el año pasado en un artículo en **Etudes**, "La sécularisation en questions" (10). Thomas M. Cannon, especialista norteamericano de sociología de la religión, lo constataba por su parte para los Estados Unidos en un estudio sobre "La Religión y la Economía": "La religión ha debido abandonar la pretensión de dominar al **ethos** público y los negocios de la ciudad; pero de ninguna manera ha desaparecido como agente importante de control social. La religión ejerce este tipo de influencia porque continúa como elemento constitutivo de las comunidades... Las comunidades locales, las familias y las comunidades (congregaciones) religiosas persisten" (11).

El sentido de esta afirmación es que hay límites a la secularización que los hombres **pueden** vivir o pueden soportar sin desintegración total de la personalidad. Y allá donde la religión tradicional ha retrocedido demasiado, se producen fenómenos compensatorios (más o menos aberrantes) de la ausencia religiosa, en el campo de las ideologías, de los juramentos políticos de fidelidad, lo mismo que en el culto del cuerpo y de las estrellas de cine, etc.

En una primera fase, el impacto de la secularización pareció que engendraba un cristianismo, también él, bastante racionalista, casi reducido al campo de la ética, respuesta, sobre todo, de cierto protestantismo liberal, tal vez respuesta de Paul Tillich. La moral, como forma de racionalización de la acción, sería lo mejor de la religión en este mundo tan racionalizado. De hecho, la tendencia hoy es a alejarse de esta única perspectiva, y la inculturación simplemente ética del cristianismo está ampliamente superada. Acabamos de tener la experiencia de la explosión carismática después del Vaticano II;

conocemos el renacimiento de la plegaria de alabanza y la revalorización de las comunidades reducidas. Sorpresas del posconcilio, continuación de la inculturación ética, cuando se hubiera esperado algo distinto.

Estos simples trazos, indicación de comienzos, bastan para garantizar que el porvenir continúa abierto, pero siempre que haya un esfuerzo de inculturación auténtico, que el cristianismo resista a la tentación de ghetto y que la fe sea vivida por hombres que participan plenamente en su cultura, que la fe intente reencontrar las necesidades de esta cultura, sus expresiones, sus obras. ¿Acaso no se inscribe la fe en la línea de sobrepasar en el sentido mismo de las obras de la cultura? Plenitud divina del hombre.

NOTAS:

- (1) La Congregación General XXXII de la Compañía de Jesús la emplea en dos documentos: "Nuestra misión hoy" e "Inculturación de la fe y vida cristiana". La palabra "inculturación" era considerada como neologismo durante la Congregación General. De hecho había sido empleada antes de otras ocasiones, por ejemplo por el Padre Pedro Arrupe en el Sínodo de Obispos sobre evangelización, en 1974. Después de 1975, "inculturación" se extiende pronto en los medios preocupados por la evangelización.
- (2) Documento de trabajo sobre la inculturación anexo a una carta del Padre Pedro Arrupe sobre este tema (14 de mayo de 1978). La cita está tomada del n. 39 de este documento.
- (3) Documento de trabajo citado, n. 1.
- (4) Carta del Padre Arrupe sobre inculturación (14 de mayo de 1978).
- (5) Cf. Documento de trabajo citado, n. 31.
- (6) Carta del P. Arrupe sobre inculturación (14 de mayo de 1978).
- (7) Decreto 4 de la Congregación General XXXII de los jesuitas, n. 56.
- (8) Documento de trabajo citado, n. 9.
- (9) Documento de trabajo citado, n. 1.
- (10) *Etudes*, noviembre 1983, pp. 515-528.
- (11) *This world*, invierno 1984, Nº 7, p. 78.